

Oralidad y pandemia, la trascendencia del narrador oral

Christian Paúl Chasi Escobar

Universidad de las Américas

crispaul4@yahoo.com

Recibido: 23 de noviembre de 2020 / Aprobado: 20 de diciembre de 2020

Resumen

Este artículo explora las posibilidades del relato. Plantea preguntas al tiempo que las responde: ¿Puede ser considerado el relato oral como una fuente histórica? ¿Se puede escribir la historia desde un conflictivo y problemático tiempo presente? ¿El acontecimiento desata en el protagonista la necesidad de narrar? El punto de partida de este trabajo es la certeza de un presente suspendido en el asombro, en el agotamiento, en el miedo, entre otras cosas. La pandemia del covid-19, en el año 2020, reconfiguró nuestra idea de futuro. Convergen en este proyecto; por una parte, el narrador soñado por Walter Benjamin, el suceso que cerca al individuo, tal como lo viera Roland Barthes, y la voz de los márgenes. Y por otra, las definiciones de ‘oralidad’ (Ong), ‘historia oral’ (Arostegui) y ‘coronavirus’. Los aciertos y las limitaciones de este trabajo, sin duda, vienen de la peste.

Palabras clave: oralidad, historia del presente, coronavirus, acontecimiento.

Abstract

This article explores the possibilities of the story, raises the questions while answering them: Can the oral story be considered a historical source? Could History be written from a conflictive and problematic present time? Does the event unleash in the protagonist the need to narrate? The starting point of this work is the certainty of a present suspended in amazement, in

exhaustion, in fear: among other things, the 2020 pandemic reconfigured our idea of the future. They converge on this project; on the one hand, the narrator dreamed of by Walter Benjamin, the event that surrounds the individual, as Roland Barthes saw it, and the voice of the margins. And on the other, the definitions of Orality (Ong), Oral History (Arostegui) and Coronavirus. The successes and limitations of this work undoubtedly come from the plague.

Keywords: orality, history of the present, coronavirus, event.

La historia «en caliente», en el momento de hacerse, es una historia auditiva...
Barthes

Definición necesaria

El presente desnuda su forma monstruosa frente a nuestros ojos y nos arrinconna. Apenas recorridos los primeros meses del año 2020, el covid-19 replantea la idea de tragedia y de acontecimiento, nuestros pobres sueños de futuro. Hoy lo cierto es la amenaza y la muerte; lo cierto, suspendidos como estamos, es el relato. Un virus, es lo que cuentan. Que apareció en el mercado de animales de Wuhan y que estarían involucrados unos murciélagos. Las versiones son variadas y confusas, incluso las que provienen de instancias oficiales: «Cuando aparece el peligro de contagio, al principio se intenta no verlo. Las crónicas relativas a las pestes hacen resaltar la frecuente negligencia de las autoridades cuando había que tomar las medidas que imponía la inminencia del peligro» (Delumeau, 2012, p. 141). El filósofo italiano Franco Berardi, uno de los primeros en pronunciarse, comenta:

Lo que provoca pánico es que el virus escapa a nuestro saber: no lo conoce la medicina, no lo conoce el sistema inmunitario. Y lo ignoto de repente detiene la máquina. Un virus semiótico en la psicósfera bloquea el funcionamiento abstracto de la economía, porque sustrae de ella los cuerpos. (2020, p. 37)

La amenaza entrega el dolor y la angustia, enmascara a la muerte. Saber y presentir conviven de tal manera que su resultado no puede ser otro que la angustia. ¿Y cómo enfrentar la peste? Los argumentos parecen ser siempre los mismos; por ejemplo, en el siglo XIX, «se salía a la calle en período de contagio con una máscara en forma de cabeza de pájaro cuyo pico estaba lleno de sustancias odoríferas» (Berardi, 2020, p. 133).

Ecuador y gran parte del mundo se encuentran en cuarentena como medida preventiva frente al coronavirus. En cuestión de semanas la vida diaria ha dado un giro inesperado, cinematográfico. Desde el 17 de marzo, fecha en la que es decretado el estado de excepción en territorio ecuatoriano, se cierran los servicios que no tengan relación con seguridad, riesgo y salud; lo que significa que la mayor parte de la población ecuatoriana deberá guardar una cuarentena obligatoria hasta nuevo aviso. Johana Arroyo Briceño, profesora secundaria, relata cómo se desarrollaron los primeros momentos de la pandemia:

Como nunca cada lojano¹ veía las noticias locales. Los primeros días estábamos preocupados por Guayaquil, pero después cuando hubo... uno en Loja, sí todos los lojanos nos preocupamos bastante. Se vivía mucho nerviosismo, no queríamos ni salir de la casa, muchas malas noticias, hasta noticias mal interpretadas decían que aquí, en mi caso cerca de mi barrio hay

1 Habitante de la provincia de Loja, la décima ciudad más poblada del Ecuador.

una persona con coronavirus y era... era una locura, y vuelta los moradores, los vecinos llamaban a preguntar al hospital y así sucesivamente. (Conversación personal, 2020)

En la espera, el coronavirus y sus consecuencias protagonizan las campañas publicitarias, los informes oficiales, los noticieros, los intercambios en redes sociales. Pronto los especialistas y los más informados advierten el error de denominación; es decir, que se trata más bien del coronavirus infectious disease-19 (covid-19). En otras palabras, que el SARS-CoV-2, uno de los tantos coronavirus, causa la enfermedad del covid-19. El hecho es que, y a pesar de las advertencias de los puristas, el mundo es atacado por el coronavirus. En otras palabras, que no estamos en condiciones de exigir un rostro para un fantasma, apenas si nos conformamos con darle un nombre que, valga la imagen, quepa en la boca de todos. Y una vez bautizado el fantasma (baste recordar las primeras líneas del Manifiesto Comunista) ya es posible el relato.

Las posibilidades del relato y de la historia oral

El azar, el error, lo anormal, nos empujan, así violentamente, a la necesidad de narrar. O, mejor, recuerdan aquella facultad: «consustancial a la naturaleza de lo humano, la más segura entre las seguras [...]: la facultad de intercambiar experiencias» (Benjamin, 2019, p. 225). Y no es que haya dejado de estar en peligro el arte de narrar, como lo advirtió el filósofo alemán; sucede que la pandemia ha desplazado el placentero presente y nos ha entregado al brutal acontecimiento; es decir, a un tiempo que transcurre en un corte; al espacio (que igual es tiempo) que queda cuando el presente es dividido en dos continentes: una experiencia más cercana a la caída que al transcurrir. Y, al parecer, es de esta experiencia de la que reciben alimento las preguntas que no tienen respuesta y de dónde nacen, aunque trágicamente, los narradores que tanto añoraba el desdichado filósofo asesinado en Portbou.

El que narra la peste experimenta la caída. El vértigo es la muerte de los otros. Entonces, el testigo angustiado dispensa al tiempo de algunas de sus obligaciones: caer y cantar se vuelven un solo fenómeno. De ahí, para escándalo de los puristas, el lugar que como relato histórico confiable toman sus palabras. ¿A dónde dirigir la mirada para encontrarle un sentido a la tragedia? ¿Dónde situar nuestro observatorio si los telescopios están condenados a apuntar hacia adelante? *El ahora* se nos aparece como un caracol cuya casa (el pasado) lo supera enormemente en tamaño. *El ahora* arrastra su avance sin que esté entre sus opciones deshacerse de su carga. Entonces, si el narrador ya se planteaba dar un sacudón a la historia, hoy no tiene más remedio:

Todo el tiempo, o todos sus modos, pueden ser entendidos históricamente, incluso bajo la forma de profecía. La historia es siempre vida humana, *es experiencia*, la de los antecesores, pero también la nuestra, la de los vivos. No existe Historia confinada a un modo del tiempo y excluida de otros. *Todo tiempo*, hasta el futuro mismo, es Historia. (Arostegui, 2001, p.14)

Al parecer, el encierro nos ha arrebatado todo, excepto las palabras. El miedo que ha impuesto sus reglas, que ha puesto bajo sospecha hasta al aire que se cuele por las ventanas, ha desatado entre la población confinada la necesidad de contar. A nadie le queda la menor duda de que los historiadores reconocerán al 2020 como el año en que se desató el coronavirus. Para Diana será para siempre el año en que perdió a su esposo en medio de la pandemia:

Mi esposo se pone... se agrava el 22 de julio. El 24 de julio él fue llevado por su ambulancia a su área de trabajo donde trabajaba en el Hospital de Sangolquí² donde le dan cama y le hospitalizan. Desde ahí empezaron los problemas con la situación de él. Ehh... se empezó a agravar más. Primero fue a cuidados intermedios, después fue a UCI. Lo intubaron... Mi esposo fallece el 13 de agosto de un paro. Mueres enfundado, nadie te puede ver, nadie te puede velar. (Comunicación personal, 2020)

Los relatos investidos de plena autoridad científica están allá muy lejos, en el futuro (nada más improbable y bajo sospecha en estos tiempos). Cuando el tiempo tome distancia del acontecimiento y nos regale el sosiego ya tendremos tiempo de interpretar tranquilamente los signos de esta pesadilla. En tanto, los testimonios que no aguardan por aquel bálsamo, entre el dolor y el asombro, se reconocen como fuentes confiables para la reconstrucción del pasado (Arostegui, 2001).

Oralidad y suceso

El azar, el error, lo anormal, despiertan algo que podríamos entender como un ansia por narrar. Porque, cercados, cada pequeño gesto es testamento y testimonio. Es imperativo dar voz a la voz. Nada más cercano que registrar así el sollozo y la angustia; las inflexiones y el paroxismo que no alcanza a descifrar (por limitada) la escritura. En definitiva y a flor de piel: «Siempre hay que estar en alerta oral» (Ong, 2016, p. 125).

La pandemia del 2020 abunda en pronunciamientos oficiales, documentos avalados por la ciencia y por la burocracia. Sin embargo, es desde los márgenes (una vez más) desde donde se dimensiona la angustia. Omar Sailema, guayaquileño de 42 años, quien enfermó de covid-19 en el mes de abril, recuerda:

Fue tan duro... nunca pensé que..., yo, yo ya dije esta vez me la paso al otro lado, yo la vi negra, fue horrible... Un día, mi esposa, cayó ella primero enferma. Un dolorcito en los pulmones que le decía... y se ahogaba, con fiebre, solo ella estuvo dos días, pero no le pá... yo pensé que era gripe... alguna cosa así. A los tres días yo, comencé a sentir los estragos. Iba caminando de aquí de la... donde me dializo hasta llegar hasta mi casa y ya no, ya no jalaba, ya comenzaba como a agotarme, sentí que me comenzaba a doler la espalda como que había cargado algo... ¡Chugta! ¡Qué bestia! ... Fue doloroso ver que casi 23 amigos que yo tenía en diálisis fallecieron. Duro, duro. Ahorita estoy papelito como se dice y le doy gracias a Dios que vivo. (Comunicación personal, 2020)

2 Sangolquí es la segunda ciudad más poblada de Pichincha, la provincia con más habitantes del Ecuador.

La voz retrata. En el intercambio oral se accionan las sensibilidades. El silencio viste la narración porque se acompaña del aliento, del espasmo del pecho que expulsa un aire insostenible, de la mirada que desaparece tras los párpados o de los ojos que luchan por contener una lágrima. El testimonio oral avala y construye los procesos históricos. «[...] da cuenta de las expectativas de las personas, sus emociones, sentimientos, deseos, etc., y de que la vida de una persona es una puerta que se abre hacia la comprensión de la sociedad en la que vive» (Mariezcurrana, 2008, p. 229). Gonzalo Escobar, habitante de Guayaquil:

[...] en realidad, yo soy de aquí de Guayaquil; mi papá tiene insuficiencia renal, ehh... por lo que tenía que salir tres veces a la semana para... obligadamente... para que mi papá se realice las diálisis. Bueno, en realidad fue muy tenso, muy... muy, muy tenso, muy duro... Algo... (silencio) ¡Púchicas! Inexplicable... (Comunicación personal, 2020)

Y continúa:

De ahí, del centro de diálisis se escuchaba las versiones de cada una de las personas que iban y... era terrible. Aparte de eso, fui... iba al centro, yo trabajo en el centro de Guayaquil, pasaba a chequear unas cosas en el trabajo y me decían: el chino de la esquina murió, que está ahí dos días y no lo han ido a retirar. (Comunicación personal, 2020)

Con tales testimonios el investigador (¿o apenas recolector?), a ratos, se doblega y se mira las callosidades de las manos para recordar su oficio y las advertencias de Thompson: «[...] si bien es necesario ser sensible al aspecto narrativo, no se debe ir demasiado lejos en esa dirección porque se corre el peligro de perder todos aquellos propósitos originales y potencialidades de la historia oral» (2004, p. 30). Sin embargo, el panorama se complica cuando las sensibilidades o las amenazas son prácticamente las mismas para el historiador oral y para sus fuentes; así, en cada acercamiento no deja de plantearse: ese que relata no soy yo, pero pronto puedo serlo, las probabilidades son muy altas. Así las cosas, las subjetividades, alguna vez problemáticas, deben asumir el rol de aliadas: «Pero el elemento singular y precioso que las fuentes orales imponen al historiador, que ninguna otra fuente posee en igual medida, es la subjetividad del hablante» (Portelli, 1991, p. 42).

Y es precisamente que, en ese afán de veracidad, este trabajo que empezó en el mes de abril del 2020 con la recolección de testimonios en las provincias más afectadas en el Ecuador terminó por ignorar gran parte de ese material. ¿La razón? La pandemia del coronavirus tiene la característica de ir reafirmando su naturaleza, su macabra democracia. Las historias se iban presentando cada vez más cerca y cargadas de esa subjetividad que alega Portelli. Los relatos cercaban al investigador. La muerte dormía enroscada en los techos vecinos, respiraba tras la puerta. Amigos, vecinos, familiares, pueblan este trabajo.

Historia y suceso

El acontecimiento activa la oralidad. Tras la brutalidad de la experiencia el individuo pugna por dejar su anonimato y reclama atención para un relato del cual, y no puede ser de otra manera, es el protagonista. Reclama, entonces ser «la fuente de la que han bebido todos los narradores» (Benjamin, 2019, p. 226). En otras palabras, existe una cercanía entre el trauma y el relato oral. ¿Qué nos queda después de la crisis? ¿Qué deja la ruptura? Llagas repartidas por todo el cuerpo; o sea, una escritura. Es por eso que se pregunta Barthes: «¿Cómo puede escribirse sobre un suceso?» (1994, p. 189). La pregunta se la hace el filósofo cuando decide analizar el mayo francés de 1968. En este afán, reconoce unas maneras (al menos tres) en las que se habría escrito el suceso, aquella conmoción que parece reconocer como «nacional». Siguiendo esta línea: ¿De cuántas maneras y cuántas escrituras está compuesto el relato de la pandemia del 2020? La «historia en caliente», no nos permitiría descifrarlo aún. Sin embargo, resulta innegable que la escritura de este momento histórico atraviesa, y aquí en el presente, su «momento de hacerse». Y, efectivamente, el instrumento es la voz.

Voz y acontecimiento: la legión de poetas que se encuentran en el nombre de Homero ya reconoció esta cercanía y nos entregaron la imagen de Penélope tejiendo un ajuar infinito por indeseado. La terca viuda que tiene para su esperanza, el tiempo; y, agobiada por un fiero público, como único ejercicio, tejer, es decir, contar. Siglos más tarde, en sus meditaciones, un abatido John Donne terminaba el trazo asegurando: «[...] pero en un minuto un cañonazo lo echa todo por tierra, lo derriba todo. Una enfermedad que toda nuestra diligencia no ha podido prevenir, que toda nuestra curiosidad no ha podido contemplar [...] nos convoca, nos atrapa, se apodera de nosotros y nos destruye en un momento» (2012, p. 25). Las consecuencias de este rompimiento, catástrofe si se quiere, nos hacen suponer que es imposible el silencio:

Si entendemos que el acontecimiento es aquello que acaece intempestivamente en el discurrir de la vida de un individuo, y tarde o temprano su efecto transformará radicalmente su experiencia y su ser-en-el-mundo, ello demuestra que el método biográfico y las historias de vida deben empezar a considerarlo como una categoría metodológica imprescindible que requiere traducirse en estrategias concretas para la investigación empírica. (Gómez, 2016, p. 133)

Y en las palabras lo resuelve Stalin Briones, periodista deportivo:

[...] uno de mis mejores amigos enfermó en la pandemia y... falleció. Me tocó salir... ayudarlo, bueno, a la familia de él... tratar de ver a la mamá, a la esposa, a los hijos. Me tocó cargar las cenizas de..., de él. En una época en la que ni siquiera había carros así que tuve que cargar las cenizas de él. Es una distancia menos de dos kilómetros, pero se hacía eterna por el peso y también por cómo estaba la ciudad, que estaba totalmente desolada, no se veía gente más que en los cementerios y en los hospitales. (Comunicación personal, 2020)

En las experiencias relatadas yace, vivo, el hecho histórico. La muerte que ha dejado de ser una probabilidad apresura el intercambio. Los relatos, testimonios, confesiones, se multiplican y exigen su derecho a ser fuentes de una futura historia de la pandemia. Reconstruir la experiencia dotándola de una cronología, de unos símbolos, de una gramática, va a permitir que el autor asimile el suceso: «Porque, si bien es cierto que el acontecimiento no se explica a partir de relaciones meramente causales, ni presenta regularidades ni secuencias continuas, sí es posible hacerlo inteligible» (Gómez, 2016, p. 139).

Miedo y muerte

Para el mes de junio los horrores del coronavirus han dado un descanso a Guayaquil y ahora se concentran en la capital del Ecuador. Los primeros afectados se reportan entre empleados de hospitales, policías y militares. Hernán Martínez, funcionario del servicio de estadística del hospital de niños Baca Ortiz describe su experiencia: «Decidí ir al HCAM³ donde me hicieron todas las pruebas, incluido el isopado, y me dijeron que estaba afectado el pulmón izquierdo por covid». Y agrega:

[...] me dieron full medicación... Me ingresaron al piso de covid donde había ya mucha gente estable y otras mal. Ahí no te permiten salir de tu habitación si no es necesario. Todos los médicos, enfermeras, auxiliares de dietas, incluso limpieza, utilizan trajes tipo astronauta. Pasé ocho días hospitalizado, pero me trataron bien y salí mucho mejor. (Comunicación personal, 2020)

El tono que imprime Hernán a sus palabras es más bien de resignación. Aunque fuera de peligro sabe bien que las secuelas serán físicas y psicológicas. «Por esta razón —una vez que se declare terminada la emergencia, la peste, si es así—, no creo que, al menos para aquellos que han mantenido un mínimo de claridad, sea posible volver a vivir como antes» (Agamben, 2020, p. 137).

El acontecimiento y el miedo tienen en común que cuestionan toda racionalidad. Son irrupción y rompimiento. Crean un vacío en el que cabe (para perderse) toda certeza. Razón y mitología se ofrecen extrañamente a empujar una esperanza: preservar la vida. Napoleón Escobar, habitante de Santo Domingo de los Tsáchilas, entre risas relata:

Otra cosa que también te cuento no... Nos hacíamos vaporizaciones... la medicina de los doctores. También una de esas medicinas... ¡Qué no hicimos! Nos mandamos full cosas. ¡Hasta una inyección de la vaca también primo! ¡Y dos veces! (Comunicación personal, 2020).

Cuestionada la razón, antes espléndida, imposible no estar con Dosse (2013) cuando acompaña a su definición de acontecimiento la presencia del monstruo. Es

3 Hospital Carlos Andrade Marín de Quito.

decir, aquello que impone brutalmente sus reglas. Borroso, inaccesible, mitad uno mismo y mitad sus trazos.

El acontecimiento-monstruo, el acontecimiento-mundo que golpea el corazón de la ciudad, o también el micro-acontecimiento que viene a perturbar la vida ordinaria del individuo, se coloca cada vez más como uno de los tantos enigmas irresolubles, a la manera de la Esfinge que interroga las capacidades de la racionalidad e intenta esclarecerlas, no en su inanidad, sino en su incapacidad de saturar el sentido de eso que interviene como nuevo, ya que fundamentalmente el enigma alcanzado por el acontecimiento sobrevive a su desaparición. (Dosse, 2013, p. 20)

Conclusiones

La angustia que desata el acontecimiento (monstruoso) crea en el individuo la necesidad de tejer, de decir, de contar. Cargada de un dolor intransferible la experiencia de uno solo basta, o eso es lo que defiende quien la sufre, para explicar el dolor de los demás. Las pandemias, inclementes compañeras de la historia del mundo, empujan al sujeto angustiado a reconocer en la condición colectiva la suya propia. En otras palabras, el sujeto en pandemia es un sujeto tocado por la extinción de su especie. Azar y naturaleza resumen la idea de horizonte, no hay más. Puesto en entredicho el futuro no hay posesión mayor que la voz.

La pandemia del covid-19 trajo consigo ciertos cuestionamientos a nuestras formas de convivencia, a nuestros servicios de salud, a nuestras políticas públicas, etc. Y también a nuestra relación con el presente y su relato. Convulsionado el mundo, cercados por la muerte, los protagonistas del dolor registran su historia. Quien quiera indagar en la pandemia del 2020 deberá hurgar en archivos oficiales, estadísticas, estudios científicos, investigadores. Lo que no puede pasar por alto es la voz de quienes experimentaron la tragedia; quienes, como ya se mencionó antes, constituyen por sí mismas fuentes confiables.

Referencias

- Agamben, G., Zizek, S., Nancy, J., Berardi, F., López, S., Butler, J... Preciado, P. (2020). *Sopa de Wuham, pensamiento contemporáneo en pandemias*. Editorial ASPO
- Arostegui, J. (2001). *Ver bien la propia época* (Nuevas reflexiones sobre el presente como historia) [en línea]. *Sociohistórica* (pp. 9-10).
- Barthes, R. (1994) *El susurro del lenguaje, más allá de la palabra y la escritura*. Paidós.
- Benjamin, W. (2019) *Iluminaciones*. Taurus.
- Berardi, F. (2020). *Crónica de la psicodéflación 1*. Cajanegra editora. <https://cajanegraeditora.com.ar/blog/cronica-de-la-psicoddeflacion/>
- Delumeau, Jean. (2012). *El miedo en Occidente*. Taurus.
- Donne, J. (2012). *Meditaciones en tiempos de crisis*. Editorial Planeta
- Dosse, F. (2013). EL acontecimiento histórico entre Esfinge y Fenix. *Historia y Gráfica*, Universidad Iberoamericana, 21(41), 13-42, julio-diciembre.

- Gómez, E. (2016). El acontecimiento como categoría metodológica de investigación social. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 14(1), 133-144.
- Mariezkurrena, David. (2008). La historia oral como método de investigación histórica. *Gerónimo de Uztariz*, núm. 23/24 znb., pp. 227-233 orr.
- Ong, W. (2016). *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*. Fondo de Cultura Económica.
- Portelli, A. (1991). Lo que hace diferente a la historia oral. En D. Schwarztein (comp.). *La historia oral* (p. 42). Buenos Aires, CEAL.
- Thompson, P. (2003-2004). *Historia oral y contemporaneidad*. Anuario N.º 20, Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.